

Alguna vez se hallaban en el local de «El Casino Literario»—que así se llamaba el centro dicho—los socios Carlos E. Restrepo, Juan de Dios Vásquez Leal—que hizo después popular su seudónimo de «Ernesto Fuentes», puesto al pie de hermosísimos cuentos—y Enrique W. Fernández, que era en ese tiempo amigo íntimo de Carlos E. Restrepo, y cuando éste fue presidente de la República se manifestó como uno de sus más encarnizados enemigos.

Hablaban de literatura y, como Fernández alabara con entusiasmo las poesías de Fray Luis de León, le dijo Vásquez Leal:

—¿Tú por qué no escribes poesía mística, ya que te gusta tanto Fray Luis?

—El hecho de que a Enrique le guste Fray Luis—agregó Carlos E. Restrepo—no es motivo para que escriba versos místicos; a mí me gustan mucho los huevos fritos, y aún no he hecho la primera tortilla.

—Pero Enrique, a pesar de sus versos jocosos—replicó Vásquez—tiene entradas de poeta místico.

—Voy a probarles a ustedes que sí sé hacer versos místicos—añadió Fernández, sonriendo.

Y, tomando una cuartilla, improvisó el siguiente soneto, que después recitábamos todos los muchachos, y que les decíamos a los seminaristas que pasaban en comunidad:

